

Sobre la felicidad



Séneca



Capítulo 1

La opinión común y el acierto

Todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices, pero al ir a descubrir lo que hace feliz la vida, van a tientas, y no es fácil conseguir la felicidad en la vida, ya que se aleja uno tanto más de ella cuanto más afanosamente se la busque, si ha errado el camino, si éste lleva en sentido contrario, la misma velocidad aumenta la distancia. Hay que determinar, pues, primero lo que apetecemos; luego se ha de considerar por dónde podemos avanzar hacia ello más rápidamente, y veremos por el camino, siempre que sea el bueno, cuánto se adelanta cada día y cuánto nos acercamos a aquello que nos impulsa un deseo natural. Mientras erremos de acá para allá sin seguir a otro guía que los rumores y los clamores discordantes que nos llaman hacia distintos lugares, se consumirá entre errores nuestra corta vida, aunque trabajemos día y noche para mejorar nuestro espíritu. Hay que decidir, pues, a dónde nos dirijamos y por dónde, no sin ayuda de algún hombre experto que haya explorado el camino por donde avanzamos, ya que aquí la situación no es la misma que en los demás viajes; en éstos hay algún sendero, y los habitantes a quienes se pregunta no permiten extraviarse; pero aquí el camino más frecuentado y más famoso es el que más engaña. Nada importa, pues, más que no seguir, como ovejas, el rebaño de los que nos preceden, yendo así, no a donde hay que ir, sino a donde se va. Y ciertamente nada nos envuelve en mayores males que acomodarnos al rumor, persuadidos de que lo mejor es lo admitido por el asentimiento de muchos, tener por buenos los ejemplos numerosos y no vivir racionalmente, sino por imitación. De ahí esa aglomeración tan grande de personas que se precipitan unas sobre otras. Lo que ocurre en una gran catástrofe colectiva, cuando la gente misma se aplasta, nadie cae sin arrastrar a otro y los primeros son la perdición de los que siguen, puedes verlo suceder en toda vida; nadie yerra sólo por su cuenta, sino que es causa y autor del error ajeno. Es dañoso, pues, apegarse a los que van delante; y como todos prefieren creer que juzgar, nunca se juzga acerca de la vida, siempre se cree, y nos perturba y pierde el error que pasa de mano en mano. Perecemos por el ejemplo de los demás; nos salvaremos si nos separamos de la masa. Pero ahora la gente se enfrenta con la razón, en defensa de su mal. Y sucede lo mismo que en los comicios, en los cuales los mismos que han nombrado a los pretores, se admiran de que hayan sido nombrados, cuando ha mudado el inconstante favor; aprobamos y condenamos las mismas cosas; éste es el resultado de todo juicio que se falla por el voto de la mayoría.

Capítulo 2

Razón y opinión

Cuando se trata de la vida feliz, no es propio que me respondas, según la costumbre de la separación de los votos: “Esta parte parece ser la mayor”; pues por eso mismo es la peor. No marchan tan bien los asuntos humanos, que las cosas mejores agraden a los más; la prueba de lo peor es la muchedumbre. Busquemos qué es lo mejor, no lo más acostumbrado, y lo que nos ponga en posesión de una felicidad eterna, no lo que apruebe el vulgo, pésimo intérprete de la verdad. Y llamo vulgo tanto a los que visten clámide como a los que llevan coronas; pues no miro el color de los vestidos con que se adornan los cuerpos; no me fío de los ojos para conocer al hombre; tengo una luz mejor y más cierta para discernir lo verdadero y lo

falso; el bien del espíritu, el espíritu lo ha de hallar. Si éste tuviera alguna vez ocasión de respirar y de entrar en sí mismo, ¡oh! Cómo se torturaría, confesaría la verdad y diría: “Todo lo que he hecho hasta ahora, preferiría que no hubiera sido hecho; cuando pienso en todo lo que he dicho, envidio a los mudos; cuanto he deseado, lo juzgo maldición de mis enemigos; todo lo que he temido, ¡justos dioses!, cuánto mejor fue que lo que he deseado. Me he enemistado con muchos y del odio he vuelto a la amistad (si es que hay alguna amistad entre los malos): aún no soy amigo de mí mismo. He hecho los mayores esfuerzos por salir de la multitud y hacerme notar por alguna cualidad: ¿qué he hecho sino ofrecerme como un blanco y mostrar a la malevolencia dónde podía morderme? ¿Ves a ésos que elogian la elocuencia, que escoltan a la riqueza, que adulan al favor, que ensalzan el poder? Todos son enemigos o, lo que es igual, pueden serlo; tantos son los admiradores como los envidiosos. ¿Porqué no buscar más bien algo bueno realmente, para sentirlo, no para mostrarlo? Esas cosas que se contemplan, ante las que se detienen las gentes, que uno señala a otro con asombro, por fuera brillan, por dentro son deplorables.”

Capítulo 3

La felicidad verdadera

Busquemos algo bueno, no en apariencia, sino sólido y duradero, y más hermoso por sus partes escondidas; descubrámoslo. No está lejos: se encontrará; sólo hace falta saber hacia dónde extender la mano; mas pasamos, como en tinieblas, al lado de las cosas, tropezando con las mismas que deseamos. Pero para no hacerte dar rodeos, pasaré por alto las opiniones de los demás, pues es cosa larga enumerarlas y refutarlas; oye la nuestra. Cuando digo la nuestra, no me apego a ninguno de los maestros estoicos: también yo tengo derecho a opinar. Por tanto, seguiré a alguno, pediré a otro que divida su tesis, tal vez después de haberlos citado a todos no rechazaré nada de lo que decidieron los anteriores, y diré: “Esto opino también.” Por lo pronto, de acuerdo en esto con todos los estoicos, me atengo a la naturaleza de las cosas; la sabiduría consiste en no apartarse de ella y formarse según su ley y su ejemplo. La vida feliz es, por tanto, la que está conforme con su naturaleza, lo cual no puede suceder más que si, primero, el alma está sana y en constante posesión de su salud; en segundo lugar, si es enérgica y ardiente, magnánima y paciente, adaptable a las circunstancias, cuidadosa sin angustia de su cuerpo y de lo que le pertenece, atenta a las demás cosas que sirven para la vida, sin admirarse de ninguna; si usa de los dones de la fortuna, sin ser esclava de ellos. Comprendes, aunque no lo añadiera, que de ello nace una constante tranquilidad y libertad, una vez alejadas las cosas que nos irritan o nos aterran; pues en lugar de los placeres y de esos goces mezquinos y frágiles, dañosos aún en el mismo desorden, nos viene una gran alegría inquebrantable y constante, y al mismo tiempo la paz y la armonía del alma, y la magnanimidad con la dulzura, pues toda ferocidad procede de debilidad.

Capítulo 4

Definiciones del sumo bien

El bien, tal como lo concebimos nosotros, puede también definirse de otras maneras, es decir, puede comprenderse en el mismo sentido, pero no en los mismos términos. Así como un mismo ejército puede extenderse en un frente más amplio o concentrarse, disponer el centro en curva, arqueando las alas, o desplegarse en línea recta, pero su fuerza y su voluntad de luchar por la misma causa son las mismas, de cualquier modo que esté ordenado; de igual manera la definición del sumo bien puede ampliarse, o bien reducirse y replegarse. Será lo mismo, por lo tanto, si digo; “El sumo bien es un alma que desprecia las cosas azarosas y se complace en la virtud”, o bien “una fuerza de ánimo invencible, con experiencia de las cosas serena en la acción, llena de humanidad y de solicitud por los que nos rodean.” Se puede también definir diciendo que el hombre feliz es aquel para quien nada es bueno ni malo, sino un alma buena o mala, que practica el bien, que se contenta con la virtud, que no se deja ni elevar ni abatir por la fortuna, que no conoce bien mayor que el que puede darse a sí mismo, para quien el verdadero placer será el desprecio de los placeres. Puedes, si gustas de digresiones, presentar la misma cosa en uno u otro aspecto, sin alterar su significación. ¿Qué nos impide, en efecto, decir que la felicidad de la vida consiste en un alma libre, levantada, intrépida y constante, inaccesible al miedo y a la codicia, para quien el único bien sea la virtud, el único mal la vileza, y lo demás un montón de cosas sin valor, que no quitan ni añaden nada a la felicidad de la vida, ya que vienen y se van sin aumentar ni disminuir el sumo bien? A este principio así fundado tiene que seguir quiera o no, una alegría constante y un gozo profundo que viene desde lo hondo, pues se alegra de lo suyo propio y no desea bienes mayores que los privados. ¿Por qué no han de compensar bien estas cosas los movimientos mezquinos, frívolos e inconstantes de nuestro cuerpo flaco? El día que lo domine el placer, lo dominará también el dolor.

Capítulo 5

La libertad del sabio

Ves, pues, qué mala y funesta servidumbre tendrá que sufrir aquél a quien poseerán alternativamente los placeres y los dolores, los dominios más caprichosos y arrebatados. Hay que encontrar, por tanto, una salida hacia la libertad. Esta libertad no la da más que la indiferencia por la fortuna; entonces nacerá ese inestimable bien, la calma del espíritu puesto en seguro y la elevación; y, desechados todos los terrores, del conocimiento de la verdad surgirá un gozo grande e inmutable, y la afabilidad y efusión del ánimo, con los cuales se deleitará, no como bienes, sino como frutos de su propio bien. Puesto que he empezado a tratar la cuestión con amplitud, puede llamarse feliz al que, gracias a la razón, ni desea ni teme; pues las piedras también carecen de temor y de tristeza, e igualmente los animales, pero no por ello dice nadie que son felices los que no tienen conciencia de la felicidad. Pon en el mismo lugar a los hombres a quienes una índole obtusa y la ignorancia de sí mismos reducen al número de los animales y de las cosas inanimadas. Ninguna diferencia hay entre éstos y aquéllos, pues éstos carecen de razón y la de aquéllos está corrompida y sólo sirve para su mal y para pervertirlos; pues nadie puede llamarse feliz fuera de la verdad. La vida feliz tiene, por tanto, su fundamento inmutable en un juicio recto y seguro. Pues el alma es pura y libre de todo mal cuando ha evitado no sólo los desgarrones, sino también los arañazos, dispuesta a mantenerse siempre donde se ha detenido y a defender su posición contra los furores y los embates de la fortuna. Pues, por lo que se refiere al placer, aún cuando se difunda por todas partes en torno nuestro y se insinúe por todas las vías y halague el ánimo con sus caricias y

acumule unas tras otras para seducirnos total o parcialmente, ¿qué mortal a quien quede algún vestigio de ser hombre querría sentir su cosquilleo día y noche y abandonar el alma para consagrarse al cuerpo?

Capítulo 6

Placer y felicidad

“Pero también el alma -se dice- tendrá sus placeres.” Téngalos en buena hora, y eríjase en árbitro de la sensualidad y de los placeres, llénese de todas las cosas que suelen encantar los sentidos, después vuelva los ojos al pretérito y, al acordarse de los placeres pasados, embriáguese con los anteriores y anticipe ya los futuros, apreste sus esperanzas y, mientras el cuerpo se abandona a los festines presentes, ponga el pensamiento en los futuros; tanto más desdichado me parecerá por ello, pues tomar lo malo por lo bueno es locura. Y sin cordura nadie es feliz, ni es cuerdo aquel a quien le apetecen cosas dañosas como si fueran las mejores. Es feliz, por tanto, el que tiene un juicio recto; es feliz el que está contento con las circunstancias presentes, sean las que quieran, y es amigo de lo que tiene; es feliz aquel para quien la razón es quien da valor a todas las cosas de su vida. Los mismos que dijeron que el sumo bien es el placer, ven en qué mal lugar lo habían puesto. Por eso niegan que se pueda separar el placer de la virtud, y dicen que nadie puede vivir honestamente sin gozo, ni gozosamente sin vivir también con honestidad. No veo cómo pueden conciliarse estas cosas tan diversas. ¿Por qué, decidme, no puede separarse el placer de la virtud? ¿Sin duda por que el principio de los bienes reside siempre en la virtud, y también nacen de sus raíces las cosas que amáis y apetecéis? Pero si fueran inseparables, no veríamos algunas cosas agradables pero no honestas, y otras, en cambio, virtuosísimas pero ingratas, y que se han de realizar entre dolores.

Capítulo 7

Oposición de la virtud y el placer

Añade ahora que el placer sobreviene incluso a la vida más infame, pero que la virtud no admite una mala vida, y algunos no son infelices por falta de placer, sino por el placer mismo, lo cual no ocurriría si a la virtud se mezclase el deleite, del que a menudo carece la virtud, pero que nunca necesita. ¿Por qué querer reunir cosas distintas y aún contrarias? La virtud es algo elevado, excelsa y regia, invencible e infatigable; el placer es algo bajo, servil, flaco y mezquino, cuyo asiento y domicilio son los lupanares y las tabernas. Encontrarás la virtud en el templo, en el foro, atezada, con las manos encallecidas; al placer, casi siempre escondido en busca de tinieblas, cerca de los baños y estufas, y de los lugares que temen a la policía, blando, sin frío, húmedo de vino y de perfumes, pálido y cubierto de afeites y lleno de ungüentos como un cadáver. El sumo bien es inmortal, no puede desaparecer y no conoce el hastío ni el arrepentimiento; pues un alma recta no cambia nunca, ni se aborrece, ni muda nada, porque siempre ha seguido lo mejor; pero el placer, en cambio, cuanto más deleita, se extingue. Y no tiene mucho espacio, por lo cual pronto lo llena, y produce hastío, y se marchita después de los primeros transportes. Y nunca es seguro aquello cuya naturaleza

consiste en el movimiento; así no puede tener consistencia alguna lo que llega y pasa del modo más fugaz, para perecer en su mismo uso, pues llega al punto donde cesa, y cuando comienza ya ve su fin.

Capítulo 8

Vivir según la naturaleza

¿Qué importa que el placer se dé tanto entre los buenos como entre los malos y no deleite menos entre los buenos como entre los malos y no deleite menos a los infames su deshonra que a los virtuosos su mérito? Por esto los antiguos recomendaron seguir la vida mejor, no la más agradable, de modo que el placer no sea el guía, sino el compañero de la voluntad recta y buena. Pues es la naturaleza quien tiene que guiarnos; la razón la observa y la consulta. Es lo mismo, por tanto, vivir felizmente o según la naturaleza. Voy a explicar qué quiere decir esto: si conservamos con cuidado y sin temor nuestras dotes corporales y nuestras aptitudes naturales, como bienes fugaces y dados para un día, si no sufrimos su servidumbre y no nos dominan las cosas externas; si los placeres fortuitos del cuerpo tienen para nosotros el mismo puesto que en campaña los auxiliares y las tropas ligeras (tienen que servir, no mandar), sólo así son útiles para el alma. Que el hombre no se deje corromper ni dominar por las cosas exteriores y sólo se admire a sí mismo, que confíe en su ánimo y esté preparado a cualquier fortuna, que sea artífice de su vida. Que su confianza no carezca de ciencia, ni su ciencia de constancia; que sus decisiones sean para siempre y sus decretos no tengan ninguna enmienda. Se comprende, sin que necesite añadirlo, que un hombre tal será sereno y ordenado, y hará todo con grandeza y afabilidad. La verdadera razón estará inserta en los sentidos y tomará allí su punto de partida; pues no tiene otra cosa donde apoyarse para lanzarse hacia la verdad y volver a sí misma. Y también el mundo que abarca todas las cosas, Dios rector del universo, tiende hacia las cosas exteriores, pero sin embargo vuelve a sí totalmente de todas partes. Que nuestra mente haga lo mismo; cuando se ha seguido a sus sentidos y se ha extendido por medio de ellos hasta las cosas exteriores, sea dueña de éstas y de sí misma. De este modo resultará una unidad de fuerza y de potencia, de acuerdo consigo misma; y nacerá esa razón segura, sin discrepancia ni vacilación en sus opiniones y comprensiones, ni en su convicción. La cual, cuando se ha ordenado y se ha acordado y, por decirlo así, armonizado en sus partes, ha alcanzado el sumo bien. Pues nada malo ni inseguro subsiste; nada en que pueda tropezar o resbalar. Lo hará todo por su propia autoridad, y nada imprevisto le ocurrirá, sino que todo lo que haga resultará bien, fácil y diestramente, sin rodeos al obrar; pues la pereza y vacilación acusan lucha e inconstancia. Por tanto, puedes declarar resueltamente que el sumo bien es la concordia del alma; pues las virtudes deberán estar allí donde estén la armonía y la unidad; son los vicios los que discrepan.

Capítulo 9

El placer sobrevenido

Pero tú mismo -se dice- sólo practicas la virtud porque esperas de ella algún placer. En primer lugar, si la virtud ha de proporcionar placer, no se la busca por él, pues no lo proporciona sino por añadidura, y no se esfuerza por conseguirlo, sino que su esfuerzo,

aunque tienda a otra cosa, lo alcanzará también. Así como en un campo arado para la siembra nacen aquí y allá algunas flores, pero no se ha tomado tanto trabajo por estas cervecillas, aunque deleiten los ojos -el propósito del sembrador fue otro, y esto sobrevino-, así también el placer no es el pago ni la causa de la virtud, sino algo accesorio; y no se lo acepta porque deleite, sino que, si se lo acepta, también deleita. El sumo bien reside en el mismo juicio y en la disposición de un espíritu perfecto; cuando éste ha llenado todo su ámbito y se ha ceñido a sus límites, se ha realizado el sumo bien y ya no desea nada más. Pues nada hay fuera del todo, ni tampoco más allá del fin. Por eso yerras cuando preguntas qué es aquello por lo que busco la virtud; pues buscas algo por encima de lo más alto. ¿Preguntas qué busco en la virtud?: ella misma, pues no tiene nada mejor y es premio de sí misma. ¿O es esto poca cosa? Cuando te diga: “El sumo bien es la firmeza y previsión y agudeza y cordura y libertad y armonía y compostura de un alma inquebrantable”, ¿vas a exigir todavía algo mayor a que se refieran todas estas cosas? ¿Para qué me hablas del placer? Busco el bien del hombre, no el del vientre, que las bestias y las fieras tienen más grande.

Capítulo 10

La actitud ante el placer

“Desvirtúas lo que digo -se replicará-. Yo niego que nadie pueda vivir agradablemente si no vive a la vez virtuosamente; lo cual no puede suceder a los mudos animales, ni a los que miden el bien por la comida. Clara y abiertamente declaro que esa vida que llamo agradable no puede existir sin compañía de la virtud.” Pero ¿quién ignora que hasta los más estúpidos están saturados de vuestros placeres, que la maldad abunda en goces, y que el alma no sólo sugiere placeres viciosos, sino muchos? En primer lugar la insolencia y la excesiva estimación de sí propio, y una hinchazón orgullosa que os eleva sobre los demás, y el apego ciego e irreflexivo a las cosas propias; delicias muelles, y transportes por causas mínimas y pueriles; además la causticidad y la soberbia que se complace en los insultos, la desidia y la flojedad de un alma indolente que se duerme sobre sí misma. Todas estas cosas las disipa la virtud, nos pone sobre aviso y estima los placeres antes de aceptarlos; si algunos aprueba, no los aprecia en mucho (pues sólo los acepta), y no goza con su uso, sino con su templanza; pero la templanza, que disminuye los placeres, es un atentado al sumo bien. Tú abrazas el placer, yo lo reprimo; tú gozas del placer, yo lo uso; tú lo consideras el bien supremo, yo ni siquiera un bien; tú haces todo por el placer, yo nada.

Capítulo 11

Impotencia de la sabiduría epicúrea

Cuando digo que no hago nada por el placer, hablo del verdadero sabio, al cual solamente lo concedes. Pero no llamo sabio a quien tiene algo por encima de sí, y con mayor razón si es el placer. Pues, dominado por éste, ¿Cómo hará frente al trabajo y al peligro, a la pobreza y a tantas amenazas que rugen en torno de la vida humana? ¿Cómo soportará la visión de la muerte y del dolor, el estrépito del mundo y tantos enemigos acérrimos, vencido por tan blando adversario? Todo lo que el placer le aconseje, lo hará. ¿Y no ves cuántas cosas le

aconsejará? "Nada vergonzoso -dices- le podrá aconsejar, porque está asociado a la virtud." ¿No ves, una vez más, cuál es ese sumo bien, que necesita de un guardián para ser bueno? ¿Y la virtud, cómo dirigirá al placer a quien sigue, puesto que seguir es propio de quien obedece y dirigir del que manda? Pones detrás al que manda. ¡Magnífico papel tiene entre vosotros la virtud: probar los placeres! Pero veremos si la virtud, entre los que la tratan tan afrentosamente, sigue siendo todavía virtud, pues no puede llamarse así si cede su puesto; entretanto, mostraré, que es de lo que se trata, a muchos asediados por los placeres, sobre los que la fortuna ha derramado todos sus dones, y que tendrás que reconocer malos. Mira a Nomentano y Apicio en busca de los bienes -como ellos dicen- de la tierra y del mar, y que reconocen en su mesa a los animales de todos los países, míralos en su lecho de rosas esperando su comilona, deleitando los oídos con el sonido de las voces, los ojos con espectáculos, con sabores el paladar. Todo su cuerpo es excitado con fricciones blandas y suaves; y para que la nariz no descanse mientras tanto, se impregna de varios olores el lugar mismo donde se hacen ofrendas a la sensualidad. Reconocerás que ésos están entre placeres, pero sin embargo no les irá bien, porque no es del bien de lo que gozan.

Capítulo 12

El peligro del epicureísmo

"Les irá mal -dices- porque intervienen muchas circunstancias que perturban su ánimo, y las opiniones contrarias inquietarán su mente." Concedo que sea así; pero no obstante, esos mismos necios, caprichosos y expuestos a la amenaza del arrepentimiento, experimentan grandes placeres, de modo que es menester confesar que están tan lejos de toda molestia como del buen sentido; y (como ocurre a muchos) tienen una locura alegre y se enajenan entre risas. Por el contrario, los placeres de los sabios son apacibles y moderados, acaso débiles, concentrados y apenas visibles; pues vienen sin ser llamados, y cuando llegan espontáneamente no son recibidos con honores ni con gozo alguno por los que experimentan, pues los mezclan en la vida como el juego y la diversión entre las cosas serias. Déjese pues, de unir cosas incompatibles y de enlazar el placer con la virtud, vicio con el que se adula a los peores. El hombre sumido en los placeres, siempre ahíto y ebrio, por saber que vive con placer, cree vivir también con virtud; pues oye que el placer no puede separarse de la virtud, y entonces da a sus vicios el nombre de sabiduría y ostenta lo que debiera ocultar. Así, no se entregan a la sensualidad impulsados por Epicuro, sino que dados al vicio, esconden su corrupción en el seno de la filosofía, y acuden donde oyen alabar el placer. Y no consideran cuán sobrio y seco es el placer de Epicuro (al menos así lo entiendo yo), sino que se precipitan hacia ese nombre, en busca de una autoridad y de algún velo para sus desenfrenos. Y así pierden lo único bueno que tenían entre sus males, la vergüenza del pecado; pues alaban aquello de que se sonrojaban y se envanecen del vicio; por esto ni siquiera es posible a la juventud enmendarse, puesto que se aplica un título honroso a una indolencia vergonzosa. Ésta es la razón de que ésa alabanza del placer sea perniciosa: los preceptos virtuosos quedan ocultos; lo que corrompe está manifiesto.

Capítulo 13

El verdadero sentido de

la doctrina de Epicuro

Yo mismo soy de la opinión (lo diré a pesar de nuestros partidarios) de que los preceptos de Epicuro son venerables, rectos y, si los miras más de cerca, tristes: pues reduce el placer a algo escaso y mezquino, y la ley que nosotros asignamos a la virtud, él la asigna al placer: le ordena obedecer la ley de la naturaleza; pero es poco para la sensualidad lo que para la naturaleza es bastante. Pero ¿qué ocurre? Aquél que llama felicidad al ocio perezoso y a los goces alternativos de la gula y la lujuria, busca un buen apoyo para una mala causa; y mientras viene, inducido por aquel nombre seductor, sigue el placer, no el que le enseñan, sino el que trajo consigo; y una vez que empieza a juzgar sus vicios semejantes a los preceptos, cede a ellos, pero no ya con timidez y escondidas: se entrega a la sensualidad abiertamente, descaradamente. Por esto no diré, como la mayoría de los nuestros, que la escuela de Epicuro es maestra de infamias, sino que digo: tiene mala reputación, tiene mala fama, y no la merece. ¿Quién puede saberlo si no ha sido admitido en su interior? Su misma fachada da lugar a las hablillas y suscita malsanas esperanzas. Es como un hombre enérgico vestido de mujer. Tu pudor es constante, tu virilidad está intacta, tu cuerpo no cede a ninguna debilidad vergonzosa, pero tienes en la mano un tambor. Elíjase pues, un título honroso y una muestra que incite por sí misma al alma a rechazar los vicios que la enervan en cuanto llegan. El que se acerca a la virtud, da pruebas de un carácter noble; el que sigue al placer parece débil, quebrantado, menos hombre, propenso a caer en torpezas, a no ser que alguien le haya distinguido los placeres, para que sepa cuáles de ellos están dentro del deseo natural, cuáles llevan al abismo y son ilimitados, y cuanto más se los satisface, más insaciables. Que la virtud vaya, pues, delante: siguiendo sus huellas, siempre estaremos en seguro: y el placer excesivo daña; en la virtud no hay que temer que haya exceso, porque en ella misma está la mesura; no es bueno lo que padece por su propia magnitud.

Capítulo 14

El riesgo del placer

Además, los que están dotados de una naturaleza racional ¿qué cosa puede proponérseles mejor que la razón? Y si se quiere esa unión, si se quiere ir a la felicidad en compañía, que la virtud marche delante y el placer le acompañe y vaya junto a ella, como la sombra junto al cuerpo. Hacer de la virtud el más excelso de todos los bienes, una esclava del placer, es propio de un hombre incapaz de concebir nada grande. Que la virtud vaya la primera, que lleve el estandarte; no por eso tendremos menos el placer, pero seremos dueños y moderadores de él; nos hará ceder algo a sus súplicas, pero no nos impondrá nada. Pero los que han entregado el mando al placer carecen de uno y otro, pues pierden la virtud, y además no tienen el placer, sino que el placer los tiene a ellos: o se atormentan por su falta o se ahogan en su abundancia; desdichados si los abandona, más desdichados si los abruma; así como los navegantes sorprendidos en el mar de las Sirtes tan pronto se quedan en seco como son agitados por olas impetuosas. Esto ocurre por una intemperancia excesiva y un amor ciego de su objeto; pues para el que busca el mal en vez del bien, es peligroso alcanzarlo. Así como cazamos a las fieras con esfuerzo y peligro, y su posesión, una vez cogidas, es también inquieta, pues con frecuencia despedazan a sus dueños, del mismo modo los que poseen grandes placeres caen en un gran mal, y los antes conquistados los apresan; y cuanto más

numerosos y grandes son, tanto más pequeño y siervo de más señores es aquél a quien el vulgo llama feliz. Quiero insistir aún en esta imagen: el que busca los cubiles de las fieras y gusta mucho de capturar fieras a lazo y rodear con perros los vastos bosques, abandona, para seguir sus huellas, ocupaciones preferibles, y renuncia a muchos menesteres; del mismo modo, el que persigue el placer pospone a él todas las cosas, y lo primero que descuida es su libertad, que sacrifica por el vientre; y no compra los placeres para sí mismo, sino que se vende a los placeres.

Capítulo 15

Obedecer a Dios es libertad

"¿Pero -se dirá- qué impide fundir en uno solo la virtud y el placer, y establecer el bien supremo de modo que la misma cosa sea a la vez honesta y agradable?." Es que no puede haber una parte de lo virtuoso que no sea algo virtuoso, y el sumo bien no tendrá su pureza si encierra algo distinto de lo mejor. Ni siquiera el gozo que nace de la virtud, aunque sea un bien, es una parte del bien absoluto: no más que la alegría y la tranquilidad, aunque nazcan de las causas más excelentes; pues estas cosas son bienes, pero son consecuencia y no complemento del sumo bien. El que establece una alianza entre el placer y la virtud, aún sin ponerlos en un pie de igualdad, por la fragilidad de uno de los bienes debilita cuanto hay de vigor en el otro, y pone bajo un yugo esa libertad que sólo es invencible si no conoce nada más precioso que ella misma. Pues -lo que es la máxima servidumbre- empieza a necesitar la fortuna; síguese de esto una vida ansiosa, suspicaz, inquieta, temerosa de las vicisitudes, pendiente de los momentos de los tiempos. No das a la virtud un fundamento grave, inmutable, sino que le ordenas mantenerse en un lugar movedizo. Pues ¿qué hay tan mudable como la espera de las cosas fortuitas y la variación del cuerpo y de las cosas que lo afectan? ¿Cómo puede obedecer a Dios y aceptar con buen ánimo todo lo que suceda, no quejarse del destino y acoger de buen grado sus vicisitudes el que se agita a las menores punzadas de los placeres y de los dolores? Ni siquiera es un buen defensor o salvador de la patria, ni protector de sus amigos, si se inclina a los placeres. Que el sumo bien se eleve a un lugar de donde ninguna fuerza pueda arrastrarlo, adonde no tenga acceso el dolor ni la esperanza, ni el temor, ni ninguna otra cosa que amengüe los derechos del bien supremo. Pero sólo la virtud puede elevarse hasta allí; su paso es quien ha de dominar esa pendiente; ella permanecerá firme y soportará todos los acontecimientos, no solo paciente, sino voluntariamente, y sabrá que toda la dificultad de los tiempos es una ley de la naturaleza; y como un buen soldado, soportará sus heridas, contará las cicatrices y al morir traspasado por los dardos amará al jefe por quien cae; tendrá siempre en su mente el viejo precepto: Sigue a Dios. En cambio, el que se queja, llora y gime, es obligado a la fuerza a hacer lo que está mandado, y no por ello es menos llevado sin querer adonde se le ordena. ¡Qué locura es preferir ser arrastrado a seguir! Tanto, a fe mía, como, por necedad e ignorancia de la propia condición, dolerte de que te falte algo o te ocurra algo penoso, o igualmente extrañarte o indignarte de las cosas que tanto suceden a los buenos como a los malos: quiero decir las enfermedades, las muertes, los impedimentos y las demás miserias que acontecen inesperadamente a la vida humana. Aceptemos con buen ánimo todo lo que se ha de padecer por la constitución del universo; estamos sujetos a la obligación de soportar las condiciones de la vida mortal y no perturbarnos por lo que no está en nuestro poder evitar. Hemos nacido en un reino: obedecer a Dios es libertad.

Capítulo 16

La felicidad del sabio

Por tanto, la verdadera felicidad reside en la virtud. ¿Qué te aconsejará esta virtud? Que no estimes bueno o malo lo que no acontece ni por virtud ni por malicia; en segundo lugar, que seas inconmovible incluso contra el mal que procede del bien; de modo que, en cuanto es lícito, te hagas un dios. ¿Qué te promete esta empresa? Privilegios grandes e iguales a los divinos: no serás obligado a nada, no necesitarás nada; serás libre, seguro, indemne; nada intentarás en vano, nada te impedirá; todo marchará conforme a tu deseo; nada adverso te sucederá, nada contrario a tu opinión o a tu voluntad. Pues qué, ¿basta la virtud para vivir feliz? Siendo perfecta y divina, ¿porqué no ha de bastar? Incluso es más que suficiente. ¿Pues qué puede faltar al que está exento de todo deseo? ¿Qué necesita del exterior el que ha recogido todas sus cosas en sí mismo? Pero el que tiende a la virtud, aún cuando haya avanzado mucho, necesita, sin embargo, algún favor de la fortuna, mientras aún lucha entre los afanes humanos, mientras desata aquel nudo y todo lazo mortal. ¿Qué diferencia hay entonces? Que unos están atados, otros amarrados, otros incluso agarrotados: el que ha llegado a una región superior y se ha elevado a más altura, arrastra una cadena floja, todavía no libre, pero ya casi libre.

Capítulo 17

Los principios y la conducta

Pero alguno de ésos que ladran contra la filosofía dirá, como suelen: “¿Por qué hablas con más energía que vives? ¿Por qué bajas el tono delante de un superior, y consideras que el dinero es para ti un instrumento necesario, y te alteras por un contratiempo, y lloras al enterarte de la muerte de tu esposa o de un amigo, y miras por tu fama, y te afectan las habladurías malévolas? ¿Por qué tu campo está más cultivado de lo que pide el uso natural? ¿Por qué no cenas según tus preceptos? ¿Por qué tienes un mobiliario demasiado elegante? ¿Por qué se bebe en tu casa un vino más viejo que tú? ¿Por qué se instala una pajarera? ¿Por qué se plantan árboles que no han de dar más que sombra? ¿Por qué tu mujer lleva en las orejas la renta de una casa opulenta? ¿Por qué tus esclavos se visten con ropas preciosas? ¿Por qué es en tu casa un arte el servir la mesa y no se coloca la plata al azar y de cualquier manera, sino que se sirve con pericia y tienes un maestro de arte cisoria?” Añade aún, si quieres: “¿Por qué tienes posesiones más allá del mar? ¿Y más de las que conoces? Es una vergüenza que seas tan negligente como para no conocer a unos poquillos esclavos, o tan fastuosos como para tener más que los que la memoria alcanza a conocer.” Ayudaré enseguida a tus reproches y me haré más objeciones que las que imaginas; ahora te responderé esto: “No soy un sabio y, para que tu malevolencia se regocije, nunca lo seré. Por esto no exijo de mí ser igual que los mejores, sino mejor que los malos: me basta con podar todos los días algo de mis vicios y castigar mis extravíos. No he llegado a la salud, ni llegaré siquiera; compongo para mi gota más calmantes que remedios, contento si los ataques son menos frecuentes y menos dolorosos; pero comparado con vuestros pies, yo, impotente, soy un corredor.”

Capítulo 18

La malevolencia no respeta a nadie

No digo estas cosas por mí, pues estoy sumido en todos los vicios, sino por aquel que ya ha conseguido algo. "Hablas de un modo -se dice-, vives de otro." Este reproche, ¡cabezas llenas de malevolencia y de hostilidad a todos los mejores!, se ha hecho a Platón, se ha hecho a Epicuro, se ha hecho a Zenón; pues todos estos éstos decían, no como vivían ellos mismos, sino cómo hubiesen debido vivir. Hablo de la virtud, no de mí, y cuando clamo contra los vicios, lo hago en primer lugar contra los míos: cuando pueda, viviré como es debido. Y esa malignidad empapada de veneno no me apartará de los mejores; ni siquiera ese veneno con el que rociáis a los demás y os matáis a vosotros me impedirá perseverar en alabar, no la vida que llevo, sino la que sé que debe llevarse, y que adore la virtud y la siga a rastras desde gran distancia. ¿Pues voy a esperar que haya algo respetable para la malevolencia, para quien no fueron sagrados ni Rutilio ni Catón? ¿Se preocupará alguien de si parece demasiado rico a esas gentes para quienes Demetrio el Cínico no es bastante pobre? Un hombre extremadamente enérgico, que lucha contra todo deseo natural, más pobre que los demás cínicos, porque éstos se han prohibido tener nada, y él se ha prohibido también pedir, niegan que sea bastante indigente! Y fíjate: no ha profesado la ciencia de la virtud, sino la de la pobreza.

Capítulo 19

La envidia, origen de la maledicencia

Niegan que Diodoro, filósofo epicúreo, que hace pocos días puso fin a su vida por su propia mano, obrara según los conceptos de Epicuro al cortarse el cuello: unos quieren ver locura en esa acción suya; otros, irreflexión. Él, sin embargo, feliz y con la conciencia satisfecha, dio testimonio de sí al salir de esta vida y elogió la tranquilidad de sus días pasados en el puerto y anclado, y dijo esto, que habéis oído de mala gana, como si también vosotros tuvierais que hacerlo: He vivido y he recorrido el camino que la fortuna me había señalado. Discutís acerca de la vida de uno, de la muerte de otro, y al oír el nombre de hombres grandes por algún mérito egregio, ladráis como perrillos al salir al encuentro de personas desconocidas; pues os conviene que nadie parezca bueno: como si la virtud ajena fuera el reproche de vuestros delitos. Comparáis envidiosos las cosas espléndidas con vuestra sordidez, y no comprendéis cuán en detrimento vuestro es esa osadía. Pues si los que siguen la virtud son avaros, libidinosos y ambiciosos, ¿qué sois vosotros, que odiáis hasta el nombre mismo de la virtud? Negáis que ninguno cumpla con lo que dice, ni viva según el modelo de sus palabras. ¿Qué hay de extraño en ello, puesto que dicen cosas enérgicas, grandes, que superan todas las tempestades humanas; puesto que se esfuerzan por arrancarse de esas cruces en que cada uno de vosotros hunde sus propios clavos? Pero los condenados al suplicio están suspendidos cada uno de un solo poste; los que se atormentan a sí mismos están distendidos por tantas cruces como deseos; y maledicientes, son ingeniosos para injuriar a los demás. Creería por eso que

están exentos de aquellos males, sino fuera porque algunos escupen desde el patíbulo a los espectadores.

Capítulo 20

El valor del esfuerzo filosófico

¿No cumplen los filósofos lo que dicen? Pero ya hacen mucho con decirlo, con concebir en su pensamiento la virtud. Pues si sus hechos fuesen iguales que sus dichos, ¿quién sería más feliz que ellos? Por lo pronto, no hay que despreciar las buenas palabras y los corazones de buenos pensamientos. El cultivo de los estudios saludables, aún aparte de su resultado, es loable. ¿Es extraño que no lleguen a la cima los que escalan pendientes escarpadas? Pero, si eres hombre, admira, aún cuando caigan, a los que se esfuerzan por alcanzar las cosas grandes. Pues es una empresa generosa aspirar a cosas elevadas, intentarlo, sin mirar las propias fuerzas, sino las de su naturaleza, y concebir planes mayores que los que pueden realizar, incluso dotados de un gran espíritu. El que se ha propuesto esto: “Yo veré a la muerte con la misma cara con que oigo hablar de ella; yo me someteré a los trabajos, por grandes que sean, sosteniendo el cuerpo con el ánimo; yo despreciaré igualmente las riquezas presentes y ausentes, y no estaré más triste si están en otro lugar, ni más animoso si brillan a mi alrededor; yo no seré sensible a la fortuna, ni cuando llegue ni cuando se aparte; yo miraré todas las tierras como mías, las mías como de todos; yo viviré como quien sabe que ha nacido para los demás, y daré gracias por ello a la naturaleza de las cosas: pues: ¿cómo podría arreglar mejor mis asuntos?, me ha dado a mí solo para todos, a todos para mí solo. Cuanto tenga, ni lo guardaré con avaricia ni lo derrocharé pródigamente; nada creeré poseer mejor que lo que haya dado bien; no mediré los beneficios por su número ni por su peso, ni por otra estimación que la del que los reciba. Nunca será para mí mucho lo que reciba un hombre digno. No haré nada por la opinión, todo por la conciencia: creeré que hago a los ojos del pueblo, aún aquello de que yo solo sea testigo. Al comer y al beber, mi fin será satisfacer los deseos naturales, no llenar el vientre y vaciarlo. Afable para mis amigos, cederé antes de que me rueguen y me adelantaré a las peticiones honestas. Sabré que mi patria es el mundo y que los dioses lo presiden, y éstos están por encima de mí y en torno mío, como censores de mis hechos y de mis dichos. Y cuando la naturaleza reclame mi espíritu o mi razón lo despida, me iré con el testimonio de haber amado la conciencia recta y las buenas inclinaciones, sin haber mermado la libertad de nadie, y menos la mía.” El que se proponga, quiera, intente hacer esto, se acercará a los dioses; y aún cuando no lo haya conseguido, ha caído, sin embargo, después de haber osado grandes cosas.

Capítulo 21

Las preferencias del sabio

Vosotros, al odiar la virtud y a quien la practica, no hacéis nada nuevo; pues también los ojos enfermos temen el sol, y los animales nocturnos huyen del esplendor del día, y a su primer albor se ofuscan y buscan por todas partes sus escondrijos, se ocultan en alguna hendidura, temerosos de la luz. Gemid y moved vuestra lengua funesta para injuriar a los

buenos; abrid la boca, morded; os romperéis los dientes mucho antes de que dejen alguna señal. "¿por qué es ése adepto de la filosofía y vive con tanta opulencia? ¿Por qué dice que hay que despreciar las riquezas y las tiene? ¿Considera despreciable la vida, y vive, sin embargo? ¿Despreciable la salud y, no obstante, la cuida con todo esmero y la prefiere excelente? Y juzga el destierro un nombre vano, y dice: ¿Pues qué mal hay en cambiar de país?, y, sin embargo, si puede, envejece en su patria. Y piensa que no hay ninguna diferencia entre un tiempo más largo o más breve; pero si nada se lo impide, prolonga su existencia y gusta de estar floreciente en la extremada vejez." Dice que estas cosas deben despreciarse, no que no se tengan, sino que no se tengan con afán; no las rechaza, pero cuando se van las sigue con mirada tranquila. ¿Dónde pondrá la fortuna con más seguridad las riquezas que allí donde podrá recobrarlas sin protesta del que las devuelve? Marco Catón, cuando alababa a Curio y a Concurcanio y aquel siglo en que era un delito para los censores tener unas pocas láminas de plata, poseía cuatro millones de sestercios; menos sin duda que Creso, pero más que Catón el Censor. Si se comparan, con mayor distancia superaba a su bisabuelo, que era superado por Craso; y si le hubieran tocado en suerte más riquezas, no las hubiera despreciado. Pues el sabio no se considera indigno de ningún don de la fortuna. No ama las riquezas, pero las prefiere, no las recibe en su alma, pero sí en su casa; y no rechaza a quien las posee, pero las domina, y quiere que proporcionen a la virtud una materia más amplia.

Capítulo 22

El papel de las cosas preferibles

Pues ¿quién duda que el varón sabio tiene una materia más amplia para desenvolver su espíritu en medio de las riquezas que en la pobreza? En ésta no hay más que un género de virtud, no abatirse ni dejarse deprimir; en las riquezas, la templanza, la generosidad, el discernimiento, la organización, la magnificencia tienen campo abierto. No se despreciará el sabio aunque sea de pequeñísima estatura, pero preferirá ser alto. Y débil de cuerpo o con un ojo de menos estará bien, aunque prefiera gozar de la robustez corporal, y esto a sabiendas de que hay en él algo más vigoroso. Soportará la mala salud, la deseará buena. Pues algunas cosas, aunque tengan poca importancia para el conjunto y puedan ser sustraídas sin destruir el bien principal, añaden algo, sin embargo, a la alegría constante que nace de la virtud. Así las riquezas lo conmueven y alegran como al navegante un viento propicio y favorable, o un día bueno y un lugar soleado en el frío del invierno. Y, por otra parte, ¿cuál de los sabios -hablo de los nuestros, para quienes el único bien es la virtud- niega que también las cosas que llamamos indiferentes tengan algún valor en sí y sean unas preferibles a otras? A algunas de ellas se hace algún honor; a otras, mucho. Y no hay que engañarse, entre las preferibles están las riquezas. "¿Por qué entonces, dirás, te burlas de mí, si tienen para ti el mismo lugar que para mí?" ¿Quieres saber hasta qué punto no tienen el mismo lugar? Para mí las riquezas, si se pierden, no me quitarán más que a sí mismas; tú te quedarás pasmado, y te parecerá que estás abandonado de ti mismo si se alejan de ti; en mí las riquezas tienen algún lugar; en ti el más alto; en suma, las riquezas son mías, tú eres de las riquezas.

Capítulo 23

El uso de las riquezas

Deja, por tanto, de vedar el dinero a los filósofos; nadie ha condenado a la sabiduría a ser pobre. Tendrá el filósofo grandes riquezas, pero no arrebatadas a nadie ni manchadas de sangre ajena: adquiridas sin perjuicio de ninguno, sin negocios sucios, que salgan tan honradamente como entraron, de las que no se lamenten más que los malévolos. Acumula cuanto quieras: son honradas; aunque hay entre ellas muchas cosas que todos quisieran llamar suyas, no hay nada que nadie pueda decir suyo. Pero el sabio no rechazará los favores de la fortuna, y ni se envanecerá ni se avergonzará del patrimonio adquirido por medios honrados. Incluso podrá envanecerse si, después de abrir su casa y recibir en ella a toda la ciudad, pudiera decir: “Lo que cada uno reconozca como suyo, que se lo lleve.” ¡Gran hombre, excelente rico, si tuviera lo mismo después de estas palabras! Quiero decir, si se presta seguro y tranquilo a la investigación del pueblo, si nadie encuentra en su casa nada a que echar mano, podrá ser rico franca y abiertamente. El sabio no dejará que pase su umbral ningún denario mal entrado; pero no rechazará ni desechará las grandes riquezas, don de la fortuna y fruto de la virtud. ¿Por qué razón les negaría un buen lugar? Que vengan y se alberguen. Ni las ostentará ni las ocultará; lo uno es propio de un espíritu necio; lo otro, de un hombre tímido y pusilánime, como si escondiera en el seno un gran bien; ni, como he dicho, las arrojará de su casa. Pues qué, ¿les dirá: “Sois inútiles”, o “No sé usar de las riquezas”? Del mismo modo que, aunque pudiera viajar a pie, preferirá, sin embargo, montar en un vehículo, así siendo pobre, si puede ser rico, querrá; y así tendrá riquezas, pero como cosa ligera y huidiza; y no tolerará que sean pesadas ni para otros ni para sí mismo. Dará... ¿Por qué aguzáis el oído? ¿Por qué tendéis vuestra bolsa? Dará a los buenos o a los que podrá hacer buenos, dará con suma prudencia, eligiendo a los más dignos, como quien recuerda que hay que dar cuenta tanto de los gastos como de los ingresos; dará por motivos rectos y justificados, pues entre los derroches viciosos se cuenta un don mal empleado; tendrá la bolsa fácil, pero no agujereada, de la que salgan muchas cosas y nada se caiga.

Capítulo 24

El arte de dar

Yerra el que crea que dar es cosa fácil: este asunto tiene mucha dificultad, si se da con discernimiento y no se derrocha al azar y arrebatadamente. Dejo obligado a éste, devuelvo a aquél; socorro a éste, me compadezco de ése, proveo a aquél, digno de que no lo venza la pobreza ni lo tenga dominado. A alguno no les daré, aunque les falte: porque aún cuando les hubiera dado, les faltará; a algunos les ofreceré, a otros incluso les instaré. No puedo ser negligente en este asunto: nunca hago mejores inversiones que cuando doy. Pues qué -dirás-, ¿das para recibir? No, para no perder. Póngase la donación en un lugar donde no deba reclamarse, pero pueda ser devuelta. Colóquese el beneficio como un tesoro enterrado profundamente, que no desenterrarás si no fuera necesario. Y la casa misma del hombre rico, ¡cuánta materia ofrece para hacer el bien! ¿Pues quién reduce la generosidad sólo a los que visten toga? La naturaleza me ordena ser útil a los hombres; sean esclavos o libres, de padres libres o libertos, de libertad legal o dada entre amigos. ¿qué importa? Dondequiera que haya un hombre, allí hay lugar para un beneficio. Se puede, por tanto, repartir el dinero aún sin franquear el propio umbral, y ejercer la liberalidad; la cual no se llama así porque se deba a

los libres, sino porque parte de un alma libre. En el sabio, nunca recae sobre personas viciosas ni indignas, y nunca vaga tan fatigada que no se derrame abundantemente siempre que encuentre a alguien digno. No se han de entender mal, por tanto, las cosas virtuosas, enérgicas, animosas, que dicen loa amigos de la sabiduría. Y, ante todo, fijaos en esto: una cosa es el amigo de la sabiduría, y otra el que la ha alcanzado ya. Aquél te dirá: "Hablo muy bien, pero todavía me agito entre muchos males. No debes juzgarme según mi fórmula: pues a lo sumo me hago, me formo y me elevo hacia un modelo magnífico. Si llego a avanzar cuanto me he propuesto, exige que los actos respondan a las palabras." Pero el que ha alcanzado la cima del poder humano se comportará contigo de otro modo y dirá: "En primer lugar no puedes permitirte juzgar acerca de los mejores; a mí ya me ocurre, y es una prueba de mi rectitud, que desagrado a los malos. Pero para explicarte la razón por la cual no envidio a ningún mortal, escucha lo que voy a decir y en cuánto estimo cada cosa. Niego que las riquezas sean un bien: pues si lo fuesen, harían hombres buenos; ahora bien, como lo que se encuentra entre los malos no puede llamarse un bien, les niego ese nombre. Por lo demás, concedo que han de tenerse, que son útiles y proporcionan grandes comodidades a la vida."

Capítulo 25

El apego a las riquezas

¿Pues entonces? Oíd por qué no las cuento entre los bienes, y en qué difiere mi actitud ante ellas de la vuestra, ya que estamos de acuerdo unos y otros en que se deben poseer. Ponme en la casa más opulenta, ponme donde usen profusamente el oro y la plata: no me admiraré por estas cosas, que, aún cuando estén en mi casa, están sin embargo fuera de mí. Trasládame al puente Sublicio y arrójame entre los indigentes: no me despreciaré por estar sentado entre la multitud de los que tienden la mano pidiendo limosna; pues ¿qué importa que le falte un pedazo de pan a quien no le falta la posibilidad de morir? ¿En resumen? Aquella casa espléndida la prefiero al puente. Ponme en el medio de un mobiliario suntuoso y un lujo refinado: no me creeré en modo alguno, más feliz por tener un manto suave, por extender tapices purpúreos en mis festines. No seré en nada más desgraciado si mi cerviz cansada reposa en un puñado de heno, si me acuesto sobre borra de circo que se sale por los remiendos de una tela vieja. ¿Qué quiere decir esto? Prefiero mostrar el alma que tengo vestido con la pretexta y bien abrigado, mejor que con los hombros desnudos o medio cubiertos. Que todos mis días pasen según mis deseos, que nuevas felicitaciones se añadan a las anteriores, no me complaceré por ello. Cambia en adversidad estos favores del tiempo: que el ánimo sea acosado por todas partes con daños, lutos, acometidas diversas; que ni una sola hora esté sin motivo de queja: no por eso maldeciré ningún día: pues he tomado mis medidas para que ningún día sea nefasto para mí. ¿Entonces? Prefiero moderar mis alegrías a reprimir mis dolores. El gran Sócrates te lo dirá: "Hazme vencedor de todas las naciones; que el carro voluptuoso de Baco me lleve triunfador desde el Oriente hasta Tebas; que los reyes de los persas me pidan leyes: cuando más pensaré que soy hombre es cuando sea saludado por todas partes como dios. Haz que suceda inmediatamente a tan sublime elevación un cambio brusco: que sea llevado a unas andas extranjeras para adornar el cortejo de un vencedor soberbio y feroz; no me humillará más ser conducido bajo un carro ajeno que ir de pie en el mío". ¿Pues entonces? Prefiero ser vencedor a ser cautivo. Despreciaré todo el imperio de la fortuna, pero si se me da la elección tomaré lo mejor de él. Todo lo que me ocurra resultará bueno, pero prefiero que acontezcan las cosas más fáciles y agradables y menos molestas para el que tiene

que habérselas con ellas. Pues no creas que hay ninguna virtud sin trabajo, pero algunas virtudes necesitan estímulos, otras frenos. Así como el cuerpo debe ser retenido en un descenso y ser impulsado cuesta arriba, algunas virtudes están en una pendiente, otras al pie de una cuesta. ¿Hay quien dude que suben, se esfuerzan, luchan la paciencia, la fortaleza, la perseverancia y todas las demás virtudes que se oponen a las adversidades y vencen a la fortuna? ¿Y no es igualmente evidente que siguen una pendiente la liberalidad, la templanza, la mansedumbre? En éstas retenemos el alma, para que no resbale; en aquéllas la exhortamos y la incitamos enérgicamente. Por tanto, aplicaremos a la pobreza las más fuertes, que saben luchar; a las riquezas, las más cuidadosas, que andan de puntillas y mantienen su equilibrio.

Capítulo 26

El necio y el sabio

Hecha esta división, prefiero practicar aquellas que se han de ejercitar más tranquilamente, antes que aquellas cuyo ejercicio requiere sangre y sudor. Por tanto, dice el sabio, no vivo de un modo y hablo de otro, sino que vosotros oís mal; sólo llega a vuestros oídos el sonido de mis palabras; no buscáis su significación. Pues ¿qué diferencia hay entre mí el necio y tú el sabio, si los dos queremos poseer? Muchísimas: pues las riquezas del hombre sabio están en servidumbre; las del necio, en el poder; el sabio no permite nada a las riquezas, las riquezas os lo permiten todo a vosotros; vosotros, como si alguien os hubiera prometido su eterna posesión, os acostumbráis y apegáis a ellas; el sabio, cuando más piensa en la pobreza es cuando está en medio de las riquezas. Nunca un general cree tanto en la paz, que no se prepare a una guerra que, aunque no se haga, ha sido declarada; a vosotros os pasma una cosa hermosa, como si no pudiera arder o hundirse; una opulencia insólita, como si estuviera por encima de todo riesgo y fuera demasiado grande para que la fortuna tenga bastantes fuerzas para consumirla. Jugáis indolentemente con las riquezas, sin prever su peligro, como a veces los bárbaros asediados, desconocedores de las máquinas, contemplan indiferentes el trabajo de los sitiadores, y no comprenden para qué sirven aquellas cosas que se construyen a lo lejos. Lo mismo os ocurre: languidecéis entre vuestros bienes, y no pensáis cuántas desgracias os amenazan por todas partes, dispuestas a llevarse al punto preciosos despojos. Si alguien arrebata sus riquezas al sabio, le dejará todo lo suyo: pues vive contento con el presente, tranquilo sobre el porvenir. “Nada -dirá Sócrates, o alguno otro que tenga la misma autoridad y el mismo poder sobre las cosas humanas- me he prometido con más firmeza que no plegar los actos de mi vida a vuestras opiniones. Acumulad por todas partes vuestras palabras acostumbradas: no pensaré que me injuriáis, sino que gimoteáis como infelices criaturas”. Esto dirá aquél a quien ha sido dada la sabiduría, a quien su alma libre de vicios ordena reprender a los demás, no porque los odie, sino para curarlos. Y añadirá esto: “Vuestra opinión me afecta, no por mí sino por vosotros: odiar y atacar la virtud es renunciar a la esperanza de enmienda”. No me hacéis ninguna injuria, como no la hace a los dioses los que derriban sus altares; pero se manifiesta el mal propósito y la mala intención aún allí donde no se ha podido hacer daño. Así soporto vuestras extravagancias, como Júpiter, óptimo máximo, las necedades de los poetas, de los cuales uno le pone alas; otro, cuernos; otro lo representa como adúltero y que pasa las noches fuera; otro, cruel con los dioses; otro, injusto con los hombres; oro, raptor y corruptor de hombres libres, y aún de sus deudos; otro, parricida y usurpador de un reino ajeno y paterno: con todo lo cual no se hubiera conseguido más que quitar a los hombres la vergüenza de pecar, si hubiesen creído en dioses semejantes”. Pero

aunque esas cosas nada me afecten, os aconsejo por vuestro propio interés: admirad la virtud; creed a los que han seguido durante mucho tiempo y proclaman seguir algo grande y que cada día manifiestan más su grandeza. Y veneradla como a los dioses, y a los que la profesan como a sacerdotes, y cuantas veces se haga mención de los escritos sagrados, tened la lengua. Esta expresión no viene, como suele creerse, de favor, sino que se ordena el silencio, para que pueda realizarse el sacrificio según el rito, sin que lo perturbe ninguna voz intempestiva.

Capítulo 27

El ejemplo de los filósofos

Mucho más necesario es ordenároslo a vosotros, para que, siempre que aquel oráculo profiera algo, lo escuchéis atentos y callados. Cuando alguno, agitando el sistro, miente por orden; cuando alguno, hábil en cortarse los músculos, se ensangrienta los brazos y los hombros con mano indecisa; cuando otra aúlla, arrastrándose de rodillas por la calle, y un viejo vestido de lienzo, con un laurel y una linterna en pleno día, vocifera que alguno de los dioses está airado, acudís y escucháis y, fomentando mutuamente vuestro estupor, afirmáis que está inspirado. Pues bien, Sócrates, desde aquella prisión que purificó al entrar en ella e hizo más honrosa que cualquier curia, proclama: “¿Qué locura es ésta, qué carácter enemigo de los dioses y de los hombres es el que infama las virtudes y profana con palabras malévolas las cosas santas? Si podéis, alabad a los buenos; si no, seguid vuestro camino. Y si os gusta ejercitar esa innoble licencia, atacaos unos a otros; pues cuando deliráis contra el cielo, no os digo: cometéis un sacrilegio, sino: perdéis el tiempo. Yo di en otro tiempo a Aristófanes materia de burlas: todo aquel hatajo de poetas cómicos derramó sobre mí sus bromas envenenadas. Mi virtud fue realzada por las mismas cosas con que se la atacaba; le conviene ser mostrada y puesta a prueba; nadie comprende lo grande que es mejor que los que han sentido sus fuerzas al combatirla: nadie conoce mejor la dureza del pedernal que los que lo golpean. Me muestro como una roca aislada en medio de un mar agitado, que las olas no dejan de azotar, por cualquier lado que se muevan; no por ello la conmueven ni la desgastan con tantos siglos de continuos embates. Asaltad, acometed: os venceré resistiendo. Todo lo que embiste contra las cosas que son firmes e invencibles, ejercita su fuerza en su propio daño. Por tanto, buscad alguna materia blanda y sin consistencia en que se claven vuestros dardos. ¿Tenéis tiempo para indagar los males ajenos e indagar a todo el mundo? ¿Por qué este filósofo vive con tanta amplitud, por qué cena ese con tanta esplendidez? Observáis las pupas ajenas, y estáis llenos de úlceras. Es como si alguien se burlara de las manchas o verrugas de cuerpos hermosísimos, mientras lo devora una horrible lepra. Reprochad a Platón haber buscado el dinero; a Aristóteles, haberlo recibido; a Demócrito, haberlo descuidado; a Epicuro, haberlo consumido; a mí mismo reprochadme Alcibíades y Fedro. ¡Vosotros seréis bien felices la primera vez que podáis imitar nuestros vicios! ¿Por qué no contempláis mejor vuestros males, que os acribillan por todas partes, unos atacando desde fuera, otros ardiendo en vuestras mismas entrañas? Los asuntos humanos no están en tal situación, aunque conozcáis poco vuestro estado, que os sobre tanto ocio como para mover la lengua en detrimento de los mejores.

Capítulo 28

La amenaza prevista

No comprendéis esto, y tenéis un aspecto impropio de vuestra situación, como muchos que están en el circo o en el teatro mientras ha ocurrido una desgracia en su casa y aún no les han avisado el mal. Pero yo, que miro desde lo alto, veo qué tempestades os amenazan para estallar poco más tarde, o ya próximas para arrebatarnos, a vosotros y vuestros bienes, se acercan cada vez más. ¿Qué digo? ¿Acaso ahora mismo, aunque apenas lo sintáis, no agita y revuelve el torbellino vuestras almas, que rehuyen y buscan las mismas cosas y tan pronto las eleva a lo más alto como las arrastra a los más hondos abismos?